

## ANTONIO CHEVRIER, AMIGO Y CATEQUISTA DE LOS POBRES

ANTONIO BRAVO

Durante las últimas décadas, la catequesis ha conocido en España un desarrollo considerable. Uno de sus principales logros consiste en que todos los miembros del pueblo de Dios se están responsabilizando de manera progresiva. La transmisión orgánica de la fe no es ya una tarea reservada a un grupo de especialistas, sino responsabilidad de todos. Según los carismas recibidos del Espíritu, cada uno debe colaborar en la edificación de la comunidad de los discípulos de Jesucristo. Es una exigencia del carácter apostólico del pueblo de Dios, tal como el Concilio Vaticano II lo ha puesto de relieve.

El pueblo de Dios, sin embargo, necesita testigos y profetas que le ayuden a perfilar el contenido de su vocación y de su misión en el mundo real. Al presentar hoy a Antonio Chevrier, «catequista de los pobres», quiero recordar una de esas voces proféticas. Su vida y actividad catequéticas interpelan nuestra manera de asumir la responsabilidad de educar la fe de los pobres. Y, consiguientemente, nos cuestiona en la orientación de nuestra catequesis. Para que el movimiento catequético resulte significativo, debe tomar en serio el signo mesiánico por excelencia: «los pobres son evangelizados»<sup>1</sup>. Si la catequesis no da con claridad este signo, su fecundidad queda en entredicho, sus frutos no serán duraderos.

La «pasión» por los pobres es uno de los signos distintivos de la Iglesia de Jesucristo y, por lo tanto, de la acción catequética. La Iglesia existe para evangelizar a los pobres. La catequesis alcanza plenamente su meta cuando edifica la Iglesia entre los pobres y con los pobres. Esta fue la única meta de Antonio Chevrier. «El amor de los pobres, la solicitud por los pobres, la evangelización de los pobres constituyeron la pasión de su vida sacerdotal»<sup>2</sup>. Y François Duret continúa su testimonio con estas palabras:

1 Mt 11, 5.

2 François Duret, en *Procès de béatification*, t. IV, p. 173. El P. Chevrier fue bea-

«Hace falta, repetía con frecuencia el P. Chevrier, instruir a los ignorantes, evangelizar a los pobres. Ha sido la misión de nuestro Señor; es la misión de cualquier sacerdote, es la nuestra en particular: es nuestra porción. Ir a los pobres, hablar del reino de Dios a los obreros, a los sencillos y humildes, a los pequeños y abandonados, a todos los que sufren. ¡Oh! que nos sea permitido ir como nuestro Señor, como los apóstoles, en público y «per domos», a las plazas, a las fábricas, a las familias, para llevar la fe, predicar el evangelio, catequizar y dar a conocer a nuestro Señor»<sup>3</sup>. El mismo P. Chevrier escribía: «Las gentes no vienen, hay que salir a buscarlas»<sup>4</sup>. «Hacen falta hombres y cristianos de acción que instruyan al pueblo y testimonien el amor en el mundo»<sup>5</sup>.

El contacto con el mundo de la miseria configurará progresivamente su manera de orientar y organizar la catequesis. Sabía por experiencia que el catequista está al servicio de un diálogo entrañable entre el Verbo de Dios y el hombre marcado por una historia concreta. Así, la Palabra de Dios y la familiaridad con «los pobres de la tierra» determinan toda su actividad catequética. «Muchos permanecen en la ignorancia, escribía al final de su vida, porque las predicaciones no se adaptan a ellos»<sup>6</sup>. «Somos los misioneros de los pobres y de los pequeños. Consiguientemente debemos ser muy sencillos y muy claros para que nuestro lenguaje sea comprendido por todos»<sup>7</sup>. El catequista facilita el diálogo de la salvación en la medida que se dirige a la experiencia y al corazón de los oyentes de la Palabra. Y para que su mediación sea fructífera debe dejarse modelar por la Palabra que anuncia y por la experiencia de los sujetos de la evangelización.

La vida y experiencia de este sacerdote, catequista de los pobres, sigue siendo una voz profética para todos nosotros. Comunicar sus intuiciones entiendo que puede ser un servicio para la catequesis en nuestra Iglesia.

## I. A LAS PUERTAS DE LA CIUDAD DE LYON

Antonio Chevrier nace en 1826 y es ordenado sacerdote en 1850. Sus treinta años de ministerio sacerdotal los vive íntegramente al servicio de la población de la Guillotière, barrio de aluvión. Son las gentes que han venido en búsqueda de trabajo y han sido dejados a «las puertas de la ciudad».

Lyon, en el siglo pasado, es la ciudad industrial por excelencia. Los

tificado el 4 de octubre en Lyon por Juan Pablo II. François Duret fue el sucesor del P. Chevrier al frente de la familia del Prado.

<sup>3</sup> *Procès*, t. IV, p. 161.

<sup>4</sup> Antonio Chevrier, *El verdadero discípulo* (Bilbao 1984) 450. A partir de este momento citaremos V. D.

<sup>5</sup> *Règlements*, manuscrito t. X, p. 203.

<sup>6</sup> *Règlements*, manuscrito t. X, p. 107.

<sup>7</sup> Citado por C. Chambost, *Le Venerable Antoine Chevrier, fondateur de la providence du Prado* (Lyon 1928) 101.

campesinos se agolpan a sus puertas reclamando pan y dignidad. La Guillotière, como consecuencia de un proceso acelerado de industrialización, experimentará un crecimiento demográfico impresionante. En 1815 contaba unos 7.000 habitantes. El censo de 1851 arroja ya la cifra de 43.524 habitantes. En 1856 se nos dice que la población se había doblado. Los obreros de la Guillotière no tienen ninguna cualificación profesional. Es el típico proletariado de la industrialización, sin comparación con el obrero distinguido y especializado que habita la ciudad de la seda. Acertadamente J. F. Six, biógrafo del P. Chevrier, nos dirá: «Es a los niños y a los jóvenes pertenecientes al proletariado a quienes intenta hacerles comprender las verdades evangélicas»<sup>8</sup>. Los adolescentes que acudían al internado del Prado, como puede verse en las memorias conservadas en los archivos, habían comenzado a trabajar a la edad de 8 ó 9 años. Algunos eran huérfanos y otros habían pasado por la cárcel<sup>9</sup>. La mayoría eran analfabetos. En 1960, Antonio Chevrier había alquilado, y luego comprado, una sala de baile, que transformó en un pensionado para preparar a los adolescentes y jóvenes, entre 14 y 20 años, a la primera comunión. Le dio el nombre de «Providencia del Prado», conservando así el nombre del baile en cuestión.

Antonio Chevrier se encontraba, por tanto, ante una población marcada por la miseria. Así lo había constatado de forma dramática durante las inundaciones del Ródano en 1856. Culturalmente era una masa desenraizada e ignorante. Había que formar cristianos verdaderos en el mundo<sup>10</sup>. Políticamente, el proletariado de la Guillotière era proclive a la revolución social, puesto que la sociedad los había impulsado a la miseria. La revuelta de los canutos, la confrontación entre los partidarios de la república y de la monarquía, las noticias de la comuna de París, las incidencias del Manifiesto Comunista de 1848... ejercían su influencia en aquel proletariado sin capacidad para organizarse y defenderse. Las lacras del alcohol, de la prostitución y de la delincuencia eran demasiado evidentes para poderlas ignorar. «El catequista» de aquellos muchachos no podía cerrar los ojos ante la realidad.

Por otra parte, Antonio Chevrier constataba con dolor que los obreros se iban alejando gradualmente de la Iglesia. El diálogo de la Iglesia con el mundo que surgía a las puertas de la ciudad, se hacía cada vez más difícil. La Iglesia jerárquica había apostado políticamente por el orden y la monarquía, mientras que las masas populares lo hacían por la revolución y la república. Se tenía miedo del pueblo y el clero, en su gran mayoría, como lo denunciara ya el Cura de Ars, había optado por un estilo de vida

8 Jean-François Six, *Un Prêtre, Antoine Chevrier, fondateur du Prado* (Paris 1965).

9 Cf. *Règlements*. Ms. X, p. 256.

10 Cf. Ives Musset, *Le Père Chevrier catéchiste des pauvres*. Prêtre du Prado, Série française, n° 33 (marzo 1980) 27-59.

burgués. Así se encerraba más y más en la sacristía y favorecía el anticlericalismo del proletariado naciente. Antonio Chevrier se preguntaba cómo salvar la distancia entre la institución de la Iglesia y el pueblo. Este, a sus ojos, tenía un alma naturalmente buena y era digno de toda confianza. Había que reanudar los lazos de la amistad, sin la cual el diálogo de la fe se hace prácticamente imposible. Pero esta amistad es imposible, sin vivir con ellos y como ellos.

Las opciones pastorales de la Iglesia francesa de entonces estaban marcadas por una clara orientación: la restauración de la cristiandad. La enseñanza en los colegios dependientes de la Iglesia y la catequesis<sup>11</sup> eran los dos grandes pilares en los que se apoyaba la pastoral de la restauración. Hombres y mujeres llenos de celo, como el Cura de Ars y tantos fundadores de aquella época, consagraron todas sus energías a restaurar y convertir una Francia que vivía un grave proceso de des cristianización. La cristiandad rural había entrado en una franca crisis.

Antonio Chevrier, alumno del seminario de San Ireneo, regentado por los Sulpicianos, fue formado en la tradición catequética de Trento. Hombres como san Vicente de Paúl, J. J. Olier, Marcelino Champagnat, fundador de los Hermanos Maristas, habían marcado sus estudios. Pero él supo abrirse al mundo nuevo que alumbraba el proceso de la industrialización. Los hombres que se agolpaban a las puertas de la ciudad llegaron a ser sus verdaderos amigos. Una muchedumbre de más de 10.000 personas, al decir de los testigos de la época, se reunirían para decir su último «adiós» a quien había sido su amigo y su padre.

M. Duplau, superior del seminario, había sabido comunicarle el sentido y la importancia de la catequesis. También le dio el gusto de una catequesis sencilla y directa. Entre las recomendaciones de Duplay a sus seminaristas leemos: «Es honroso dar catequesis, ya que a través de la misma nos hacemos semejantes a Jesucristo. Este divino Salvador no pronunciaba grandes discursos como hacen los oradores; su lenguaje era sencillo y familiar; sus instrucciones se adaptaban a todas las inteligencias... Nuestro Señor tenía una gran estima de los niños»<sup>12</sup>. El P. Chevrier buscará por todos los medios asemejarse a Jesucristo en la manera de evangelizar a los pobres. El mejor servicio a la Iglesia y al mundo, como lo atestigua su correspondencia, consistía en formar catequistas capaces de ir al encuentro de los pobres, para comunicarles la Buena Nueva de Jesucristo. He aquí, con qué fuerza expresa su convicción al P. Jaricot, uno de sus primeros colaboradores y que había decidido retirarse a la Trapa de Tamiers: «Id a orar y a hacer penitencia al claustro... así tendré la consolación de haber hecho trapistas, cartujos y mi-

11 Cf. Elisabeth Germain, *Paroles du Salut* (París 1968).

12 Texto citado por J. F. Six, o. c., p. 69.

sioneros, ya que no he conseguido formar catequistas, aunque me parece ser hoy la necesidad de la época y de la Iglesia»<sup>13</sup>. Y, comentando las palabras del Maestro a Marta: «unum est necessarium», escribe: «Lo único necesario para nosotros consiste en catequizar bien y orar, el resto no es nada»<sup>14</sup>.

Era importante recordar el contexto social, económico, político y eclesial en que Antonio Chevrier trabajó, para comprender mejor la importancia de este testigo para nuestra situación. El nos invita a buscar una respuesta significativa para nuestro mundo. No se trata de copiarlo, sino de actualizar sus intuiciones.

## II. LOS MÁS POBRES, SUJETOS PRIVILEGIADOS DE LA CATEQUESIS

La expresión, los «marginados», hierde hoy nuestra sensibilidad. Sin embargo, en ese «más», hay una carga profética que debemos reavivar. El dinamismo de la encarnación nos «fuerza» a ir hacia aquellos que no han encontrado su plaza entre los convidados del banquete del reino. Ellos siguen estando marginados en las encrucijadas de los caminos, a las puertas de la ciudad. Como nos lo recuerda san Pablo, los más débiles deben ocupar un lugar de preferencia en la solicitud de la Iglesia<sup>15</sup>. El cuerpo de Cristo no adquiere su verdadera fisonomía más que en la medida que los «más pobres» son privilegiados. La catolicidad de los seguidores de Jesús exige salir continuamente al encuentro de los que han sido rechazados a la periferia. Así nos lo recuerda la vida y actividad de Antonio Chevrier.

### 1. *La confianza y el respeto que nacen de la auténtica compasión.*

El pueblo rudo e ignorante de la Guillotière se le fue revelando progresivamente a Antonio Chevrier. Con el trato había experimentado que aquel pueblo, muy anticlerical en sus apariencias, poseía, sin embargo, un corazón bueno y religioso. Los sentimientos de desprecio y recelo de la inmensa mayoría del clero de su tiempo dieron paso al amor y admiración en el alma del P. Chevrier. Aprendió a mirar a los pobres con los ojos de Dios. En la fe descubrió que las gentes sencillas eran ricas de Dios<sup>16</sup> y que Dios se complacía en revelarles a su Hijo<sup>17</sup>. Ese pueblo no era malo ni violento, como muchos intentaban hacerlo creer. Era un pueblo manipulado y explotado, víctima del desprecio y de la utilización de unos y otros. Nadie cuidaba

13 A. Chevrier, *Lettres* (edición policopiada), p. 61.

14 V. D. p. 299.

15 Cf. 1 Cor 12, 22-26.

16 Cf. Sant 2, 5.

17 Cf. Lc 10, 21-22.

sus raíces profundas. Las ideologías a la moda intentaban utilizarlo. Y una falsa comprensión de la religión le predicaba una resignación interesada. Su «compasión pastoral»<sup>18</sup> le conducirá a tomar la defensa de los más pequeños, buscando comunicarles la Palabra de vida y el pan y la cultura para que pudieran caminar con dignidad. Reclamaba de sus colaboradores un respeto incondicional por los más indefensos. Sus iniciativas las apoyará siempre en aquellos que el mundo desprecia. Así pretendía vivir la lógica apostólica: la fuerza de Dios se manifiesta en la debilidad<sup>19</sup>.

Coadjutor en la parroquia de san Andrés y luego consiliario en una «ciudad» obrera de urgencia, fundada por Camilo Rambeau, reacciona con vehemencia ante el hecho que los niños del subproletariado no son respetados y tratados con la atención debida. La fuerza del amor le lleva a escribir: «los niños son rechazados, mal vistos y despreciados: ¿cómo queréis que vengan cuando se les desprecia y rechaza...? Las piedras y las casas son preferidas a ellos...Y, a los niños, como a todo el mundo, les gusta estar como en su propia casa, quieren que hagan las cosas por ellos y tener su propia intimidad»<sup>20</sup>.

Cuando en 1860, decide dejar la «ciudad» como consiliario y comienza su trabajo en los locales del Prado, su preocupación es que los más pobres puedan sentirse como en su casa. Las puertas de la Providencia del Prado se abren para los niños que las parroquias no acogen o no pueden acoger. Se orienta en su actividad catequética hacia quienes no tienen nada y no saben nada. Es la traducción de la perspectiva paulina: ir hacia los que no han escuchado la Buena Nueva. He aquí cómo se expresa una de sus principales colaboradoras: «Cuando se le preguntaba por las condiciones de admisión, respondía: no tener nada, no saber nada, no valer nada». Y añadía que, «si los recursos faltasen y hubiera que despedir a los niños, habría que comenzar por los más formales y quedarse con los más difíciles, puesto que éstos tenían más necesidad que los otros»<sup>21</sup>. Y la testigo pone estas palabras significativas en los labios del P. Chevrier: «Cuán hermoso es dar a conocer a Jesucristo a esos pobres muchachos; es el más santo de los oficios, lo más importante de la casa. Dad incesantemente gracias a Dios por habernos concedido el gusto de hacer el catecismo»<sup>22</sup>.

A los muchachos retrasados mentales, los «idiotas» como se decía entonces, no dudaba en retenerlos más allá de los seis meses necesarios para prepararlos a la primera comunión<sup>23</sup>. En su predilección por los más pobres,

18 Cf. Mc 6, 34 ss.

19 Cf. 2 Cor 12, 7-10; 13, 3-4.

20 *Lettres*, p. 22.

21 Sor María, en *Procès de béatification*, t. I, p. 172.

22 *Idem*.

23 En la Providencia del Prado, los muchachos permanecían durante seis meses. Alo-

consideraba a esos «idiotas» como una bendición para los demás. Ellos recordaban el camino de la humildad y del amor a los otros jóvenes y a los «catequistas». Uno de sus colaboradores atestigua: «Quería que hubiese siempre algunos idiotas en casa para dar la humildad y ejercitarse en el amor»<sup>24</sup>. Los amaba y defendía con pasión ante las burlas o malos tratos, pues estaba convencido que ocupaban un lugar preferente en el corazón de Cristo. Estos «idiotas» debían ser los más respetados y escuchados. Es la lógica profética de quien ha meditado largamente estas palabras de la Escritura: «Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte» (1 Cor 1, 27).

Una catequesis significativa no puede descuidar esta interpelación. ¿Qué respeto y qué puesto de preferencia concede a los «más débiles» de nuestra sociedad? ¿Nuestra catequesis integra convenientemente la «compasión» del Buen Pastor que ve a su pueblo como ovejas sin pastor?

## 2. *Los más pobres como formadores del catequista.*

Los «muchachos pobres» del subproletariado de la Guillotière eran considerados por Antonio Chevrier, como la matriz donde podían y debían formarse los catequistas y futuros sacerdotes del Prado. Su convicción era muy sencilla: para evangelizar a los pobres hay que conformarse lo más posible a sus condiciones de vida. «Hemos dejado el mundo para servir y no para ser servidos. Es justo, pues, que vivamos y trabajemos como los pobres»<sup>25</sup>.

El quería que sus colaboradores se formasen en contacto con los pobres. A las hermanas del Prado las ponía inmediatamente en contacto con los muchachos y gente del barrio; quería que permaneciesen cercanos. El discernimiento de la vocación para evangelizar a los pobres, había que hacerlo sobre el terreno. A sus seminaristas les alerta contra el deseo de promocionarse y elevarse en el sacerdocio. Durante las vacaciones les hacía vivir en medio de los muchachos y les obligaba a los servicios más sencillos. Deberían permanecer al nivel de los pobres. Así les escribe: «¡Qué hermoso es trabajar con los pobres! Uno experimenta que son los amigos de Dios y que no se trabaja en vano con ellos. Amad a los pobres y a los pequeños; no trabajéis a promocionaros y elevaros, trabajad más bien a haceros pequeños y tan pequeños que os coloquéis al mismo nivel que los pobres, para estar con ellos, vivir con ellos y morir con ellos»<sup>26</sup>. El catequista no puede anunciar el evangelio desde la superioridad, sino desde el amor y situándose en

jados gratuitamente se les daba una instrucción inicial, al tiempo que se les preparaba a la primera comunión.

<sup>24</sup> *Procès*, t. II, pp. 129-130.

<sup>25</sup> Texto citado por Chambost, p. 507.

<sup>26</sup> *Lettres*, p. 67.

el mismo nivel. Por eso debe ser formado en el contacto con aquéllos a quienes debe descubrirles el evangelio.

Su experiencia en medio de los pobres le había conducido a descubrirlos como portadores del evangelio. «Dios ha puesto en ciertas almas un sentido espiritual y práctico que encierra más sentido común y espíritu de Dios que el que hay en la cabeza de los más grandes sabios. Testigos, ciertos buenos campesinos, algunos obreros, algunas buenas obreras, mujeres que en seguida comprenden las cosas de Dios y saben explicarlas mejor que muchos otros»<sup>27</sup>. A la muerte de uno de los muchachos, Antonio Chevrier dirá a todos los miembros de la Providencia del Prado: «Este muchacho de quince años es un modelo para todos nosotros»<sup>28</sup>. Los catequistas de los pobres debían formarse en la escuela de los pobres. De ellos había que aprender la sencillez y la inteligencia para penetrar la Palabra de Dios. La verdad proveniente de la revelación se descubre en la medida que permanecemos pobres y sencillos. La inteligencia del catequista debe estar adornada de la sencillez del niño y del buen sentido del pobre. El catequista no necesita una inteligencia especulativa, sino el realismo del testigo. Tampoco necesita una gran erudición, pero sí unos oídos y unos labios que acogen y transmiten la Buena Noticia de la salvación.

Antonio Chevrier creía profundamente en las posibilidades de aquellos «golfos» de la Guillotière. Soñaba con que un día aquellos muchachos serían los apóstoles de los otros. En unas notas redactadas para comentarlas a los catequistas escribía: «Hay que formar catequistas, hermanos y hermanas catequistas, pero también pequeños apóstoles en el mundo. Sería la realización perfecta de nuestra obra: jóvenes apóstoles con una formación sólida y capaces de comunicarla en el mundo». Y añade de forma significativa: «doce apóstoles, setenta y dos discípulos»<sup>29</sup>. En efecto, su confianza en aquellos «golfos» era tal, que no se contentó con prepararlos a la primera comunión, buscó formar auténticos apóstoles. Más todavía, su «fe» le llevó a fundar una escuela clerical y luego un seminario para hacer posible que algunos de entre ellos pudieran acceder al sacerdocio. Con ellos veía realizar más fácilmente uno de sus proyectos fundamentales de su vida: «Sacerdotes pobres para evangelizar a los pobres». Había que ayudarles a formarse sólidamente, pero haciendo todo lo posible para no desclasarlos. Que los muchachos de la calle fueran «verdaderos sacerdotes pobres»<sup>30</sup>.

«Los más pobres» en la vida apostólica del P. Chevrier nos recuerdan cuáles deberían ser las prioridades de la catequesis del pueblo mesiánico. Esta no debe encerrarse en los que vienen, sino que deben salir al encuentro

27 V. D., p. 218.

28 Chambost, o. c., p. 507.

29 *Manuscritos*, t. VII, pp. 266-267.

30 J. F. Six, o. c., p. 265.



de los que han sido relegados a las puertas de la ciudad y aún de nuestras iglesias. Los catequistas han de dejarse modelar por los que «son nada según el mundo». Salir al encuentro de los más pobres es el primer paso de una catequesis que busque ser significativa en medio del mundo y para nuestras comunidades eclesiales. Pero esto supone abandonar las rigideces escolares y los clichés pedagógicos, para tener el coraje de confrontarse con el hombre concreto e histórico. No se trata de «darles», como del exterior una instrucción, sino de dejar que ese hombre histórico entre como sujeto en nuestra vida de «catequistas». Nuestra catequesis será significativa en la medida que los «más pobres» irrumpen con su vitalidad desconcertante en nuestros programas y pedagogías. Pero, ante todo, cuando irrumpen en la vida y actividad del catequista, como verdaderos sujetos de la misma.

### III. LA PEDAGOGÍA CATEQUÉTICA DE ANTONIO CHEVRIER

Hombre de terreno, Antonio Chevrier no nos ha dejado grandes tratados de catequesis o de pedagogía catequética. Sus notas sumarán unas mil páginas, pero no son más que apuntes para una expresión oral. A través de ese material, algunas intuiciones y convicciones aparecen con claridad. Su pedagogía está basada en el amor y en la visibilización testimonial de Cristo.

#### 1. *La pedagogía del amor frente a una pedagogía del orden.*

Frente a una pedagogía que anteponía el «exterior» al «interior», el «orden» a la «intercomunicación», Antonio Chevrier reacciona vivamente. La vida cristiana es «obediencia de fe» y, por lo mismo, la fidelidad de Dios, conduciéndonos a la comunión con su Hijo, es anterior a cualquier discurso moralizante<sup>31</sup>. La savia vivificante viene del Espíritu y no del hombre. Además hay que tomar en serio la condición de un pueblo, víctima de los mecanismos injustos de la sociedad. «Se dirá, escribe en su obra fundamental, que lo exterior es el índice de lo interior; no siempre es así. Hay personas que pueden contenerse exteriormente mejor que otras, pero son menos agradables a Dios que otras que tienen menos exterior y más interior, que tienen más buena voluntad, hacen más esfuerzos. No juzguéis según las apariencias, según el rostro, dice nuestro Señor... Comenzar por lo exterior es construir en el aire, sin fundamento, es hacer máquinas, veletas»<sup>32</sup>. Detrás de estas palabras se articulan perfectamente la contemplación de Cristo y la experiencia de unos hombres víctimas del proceso de industrialización.

31 Cf. 1 Cor 1, 9.

32 V. D., p. 221.

Después de un largo desarrollo sobre lo «interior» y lo «exterior» en la vida cristiana, concluye: «Vale más el desorden con amor que el orden sin amor»<sup>33</sup>. En su apoyo invoca la práctica del santo cura de Ars, quien, comparando la pedagogía de su predilecta Catalina con las nuevas formas que habían introducido en su Providencia, prefería el desorden anterior a la nueva disciplina. Antes «los niños obraban por el corazón y no por la señal, acudían a él, le querían y llevaban una vida de familia y no una vida de regimiento»<sup>34</sup>. No se trata de negar el orden y la disciplina, pero sí de anteponer una pedagogía del corazón, del amor. Un año antes de su muerte, Antonio Chevrier redactará un reglamento para los miembros del Prado, en el que podemos leer: «Hay que consentir en pasar su vida con los pobres y a no ocuparse más que de los pobres. Para hacerles bien a esos muchachos hay que estar con ellos, vivir su propia vida y estar en medio de ellos como padres, a fin de ganarse su corazón y conducirlos a Dios»<sup>35</sup>. Su principio pedagógico es el amor. Así lo había bebido en la fuente: el corazón manso y humilde de Cristo que invitaba a venir a El a los que sufren y a los pequeños<sup>36</sup>. Y así lo había comprendido en profundidad escuchando el sufrimiento de su pueblo. Antonio Chevrier quería hombres libres y no máquinas: «El espíritu de Dios no está tampoco en esa regularidad exterior o disciplina, que tanto se admira en nuestros días; en esos ejercicios pedagógicos que hacen de los hombres verdaderas máquinas». La verdadera pedagogía según el evangelio busca que los hombres caminen como hombres libres en el Espíritu<sup>37</sup>.

Esta pedagogía del corazón le llevó a distanciarse de una orientación catequética basada en «hacer la salvación»<sup>38</sup>, como era el caso de la catequesis de la restauración. Para Antonio Chevrier, la catequesis era, ante todo, un anuncio del «Salvador», del «Enviado del Padre». El acento no debía ponerse tanto en lo que debe hacerse para ganar el reino, cuanto en la presentación de la persona misma de Jesucristo. El misterio de la encarnación, como el venir del Verbo al encuentro del hombre indigente y como un caminar en busca de lo perdido, es el centro de su catequesis. La misericordia y el amor son los resortes de su pedagogía, proveniente del misterio. Además, la fe es una respuesta que debe nacer del amor agradecido y gozoso de quien ha experimentado la ternura, el derroche de amor que es Dios<sup>39</sup>. Antonio Chevrier no olvidaba presentar los mandamientos y prácticas religiosas, pero el catequista debe ser ante todo un testigo del amor.

33 V. D., p. 223.

34 Idem.

35 *Règlement*, p. 176. Cf. V. D., pp. 402 y 418.

36 Cf. Mt 11, 29; Mc 10, 13-16.

37 V. D., pp. 219-220.

38 E. Germain, o. c. Ver la introducción y la parte sobre "hacer la salvación".

39 Ef 2, 7; 1, 7.

Los riesgos de la catequesis son bien conocidos. El reino, cuando se presenta desvinculado del Cristo que lo inicia y consume, puede convertirse en moralismo. La persona de Jesús, sin la exigencia de preparar el advenimiento del Reino, puede ser vivida como mero sentimiento religioso. El P. Chevrier decía de forma gráfica: «Un poco menos de devoción y un poco más de Jesucristo»<sup>40</sup>. El pueblo de la Guillotière, para poder marchar con alegría y libertad por el camino del reino, tal como nos es propuesto por el evangelio y concretado por la Iglesia, debía hacer la experiencia del Salvador. El seguimiento de Jesús, debía estar precedido del conocimiento y del amor. La práctica externa, debía proceder de la experiencia interna del Espíritu, único que puede configurarnos al Hijo<sup>41</sup>.

La pedagogía del corazón abre el verdadero diálogo de la salvación. No se olvide que la estructura de la fe es dialógica. Dios ha tomado la iniciativa para buscarse un pueblo y establecer una alianza con él. Los «oprimidos» no escuchan a quienes pretenden imponerles nuevas cargas. Sí escuchan a quienes hablan el lenguaje del amor, único que puede liberarles y permitirles caminar en la alegría. El catequista es el artesano del diálogo salvífico y liberador, a condición de entablar una relación cordial, punto de partida de cualquier pedagogía catequética.

Antonio Chevrier no duda en sacar las consecuencias de esta lógica: «No es el libro quien instruye, sino el sacerdote (el catequista)»<sup>42</sup>. La catequesis es asunto de testigos, antes que de pedagogos, aunque la competencia pedagógica será siempre útil y necesaria. El catecismo «es una *conversación* entre el sacerdote y los fieles: ahora bien, la conversación es el medio más sencillo y más fácil de hacerse comprender y de ser comprendido por los otros... Esta forma de enseñar, nuestro Señor la empleaba frecuentemente: primero a la edad de doce años, con sus apóstoles de manera frecuente y siempre, les interrogaba, les cuestionaba; con la samaritana; en las sinagogas»<sup>43</sup>.

## 2. *Una pedagogía que asume al hombre en su totalidad.*

Antonio Chevrier tenía por objetivo hacer hombres y cristianos. Este objetivo le obligaba a tomar en serio al hombre con su historia y cultura. La formación psicológica es útil, pero radicalmente insuficiente. El hombre desarrolla su psicología y libertad en una cultura determinada, en unas con-

40 V. D., p. 449.

41 En los sermones y catequesis de Antonio Chevrier hay toda una evolución en este sentido. La misericordia y el amor del Verbo encarnado ocupan progresivamente el centro, desplazando la exigencia ética y la práctica religiosa al plano de una respuesta agradecida y gozosa ante la iniciativa amorosa de Dios.

42 V. D., p. 450.

43 *Manuscrito*, t. VII, p. 261.

diciones de vida configurantes. El mensaje a transmitir es determinante, pero no puede ser un criterio exclusivo. La catequesis es una mediación para facilitarles un diálogo entre Dios y el hombre concreto e irrepetible. Una «catequesis misionera», como requería el mundo que nacía a las puertas de la ciudad y de la Iglesia, suponía salir al encuentro de una mentalidad nueva y de un estilo de vida, marcado por la condición proletaria. Dios no se comunica intemporalmente, ni se dirige a prototipos psicológicos, Dios viene al encuentro del hombre en el seno de la historia y de la cultura de un pueblo <sup>44</sup>.

El «destinatario» de la revelación debe ser tomado en serio. En la pedagogía de Dios, las posibilidades de recepción de los destinatarios condicionan su misma comunicación con los hombres <sup>45</sup>. Esto supone avanzar según las condiciones existenciales de los sujetos de la catequesis, es decir, de los que deben responder ante la Palabra como hombres libres. Cuando se dirige «a los niños y a los pobres, nos dirá Antonio Chevrier, hay que evitar los razonamientos escolares» <sup>46</sup>. Para ello hay que hablar con sencillez, franqueza y fuerza <sup>47</sup>. «Hay que dar una comida buena, fuerte, pero al mismo tiempo agradable, que pueda pasar, ser digerida» <sup>48</sup>. «¡Qué triste resulta ver a los niños que pasan dos horas diarias aprendiendo palabras y aburriéndose, tanto ellos como el catequista, repitiendo siempre lo mismo» <sup>49</sup>.

La inteligencia de la gente obrera de la Guillotièrre trabaja a partir de los hechos. Por eso, Antonio Chevrier piensa que en la catequesis se debe comenzar por la historia para deducir el sentido. Los hombres «rudos» no entienden de sutilezas y distingos, la catequesis deberá avanzar de lo «grueso a lo fino» <sup>50</sup>. Las concreciones de la verdad revelada no pueden separarse de la totalidad del misterio.

En las notas que nos ha dejado Antonio Chevrier, nos encontramos con una pedagogía de lo concreto y de la persona. Todo está pensado en función del encuentro con la persona del Verbo que viene en la plenitud de la historia, pero también en la concreción de cada persona y pueblo.

La catequesis, por otra parte, como «ministerio de la palabra» en medio de hombres, «iletrados» en su mayor parte, debe anteponer el testimonio al discurso, la palabra al libro: «El libro es frío, la palabra vale más que el libro, la palabra alcanza mejor a la gente» <sup>51</sup>. El cristinismo no es la religión del libro, sino que es la misma Palabra de Dios saliendo al encuentro

44 Cf. *Dei Verbum*, n° 8.

45 Cf. Jn 6, 12-15.

46 *Manuscrito*, t. VII, p. 265.

47 V. D., pp. 442-443.

48 *Manuscrito*, t. VII, p. 554.

49 V. D., p. 450.

50 *Manuscrito*, t. VII, p. 263.

51 V. D., p. 451; cf. Rom 10, 17; Mc 16, 15.

de los hombres en la comunidad eclesial. En la catequesis, y teniendo en cuenta la situación del destinatario de la revelación, esta perspectiva debe reflejarse con toda transparencia.

### 3. *Una pedagogía determinada por los objetivos.*

«La fe, el amor y la acción, son los tres efectos que hay que intentar producir»<sup>52</sup> en la catequesis. Así definidos los objetivos de la catequesis por Antonio Chevrier, corresponden bien a la situación de un proletariado «despreciado» e incapaz de organizar su defensa. Detrás de esos objetivos se encuentra el hombre y el cristiano.

Además concuerda perfectamente con la vida cristiana, en cuanto es un movimiento simultáneo del hombre hacia Dios y hacia sus hermanos: es el movimiento de la fe, del amor y de la esperanza. Aquí se fundamenta la pedagogía: «Iluminar la inteligencia, mover el corazón, excitar la voluntad a la acción»<sup>53</sup>. «Iluminar la inteligencia por el conocimiento, mover el corazón por el amor y determinar la voluntad a actuar»<sup>54</sup>.

*Iluminar la inteligencia.* «El corazón no ama más que cuando conoce y la voluntad no actúa más que en la medida que ha comprendido y amado»<sup>55</sup>. Pero no se trata tanto de hacer aprender unas cuantas verdades, cuanto de conducir el hombre a la inteligencia amorosa de Alguien y de su mensaje de salvación. Se trata de «hacer que nazca el amor hacia la verdad que se enseña»<sup>56</sup>, hacia la Verdad, Jesucristo.

Para hablar a la inteligencia del corazón, hay que hablar desde la inteligencia del testigo que ha frecuentado y gustado la verdad liberadora. El P. Chevrier escribía a sus colaboradores: «¿No estamos aquí para esto y esto sólo: conocer a Jesucristo y a su Padre y darlo a conocer a los otros? ¿Acaso no es bastante hermoso y no es suficiente para llenar una vida...? Saber hablar de Dios y darlo a conocer a los pobres y a los ignorantes, es nuestra vida y nuestro amor. Trabajad, pues, querida hermana, para adquirir esto que debe ser nuestro objetivo, ¡el resto no es nada!»<sup>57</sup>. «No pido a Dios otra cosa, sino que me enseñe a hacer bien el catecismo, a instruir correctamente a los pobres y a los niños. Saber hablar de Dios, cuán hermoso es, mis pequeños amigos»<sup>58</sup>.

Es evidente que la catequesis implica una presentación de la totalidad del mensaje de la salvación, pero el acento se pone en suscitar una opción

52 V. D., p. 451.

53 *Manuscrito*, t. VII, p. 260.

54 V. D., p. 451.

55 *Manuscrito*, t. VII, p. 262.

56 V. D., p. 451.

57 *Lettres*, p. 133.

58 *Idem*, p. 64.

amorosa por el Enviado del Padre. Y la inteligencia del corazón tiene su propio registro. El acento de la instrucción catequética en Antonio Chevrier experimenta un desplazamiento significativo: de las verdades, a la Verdad; de la salvación a realizar, al Salvador; de las prácticas, al amor. Es altamente significativa la cuestión y respuesta que Antonio Chevrier nos propone: «¿A quién debemos predicar? A Jesucristo. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo. No conozco más que a Jesucristo y Jesucristo crucificado, es el fundamento de todas las cosas»<sup>59</sup>. Es la pasión y misión de Juan y Pablo, Jesucristo, que se encuentran también en el corazón del P. Chevrier.

Como algunos de los muchachos que acudían a la catequesis del Prado no eran capaces de seguir un razonamiento, compuso para ellos un catecismo en imágenes en el que presentaba la historia santa y la doctrina cristiana. «Mi tarea, decía, consiste en hacer penetrar a Dios en el alma de esos niños por los ojos, las orejas, por todos los poros»<sup>60</sup>.

*Mover el corazón* es el segundo momento del acto catequético, tal como lo comprendía Antonio Chevrier. «Cuando un muchacho ha comprendido bien una verdad, hay que hacérsela amar, mostrándole cuán bueno es Dios y cuán digno es de nuestro amor»<sup>61</sup>.

Pero aquí nos encontramos en el terreno de la acción graciosa de Dios. «Para llegar al corazón, es difícil. Es el comienzo, es la obra de la gracia y de la oración. Para que el muchacho ame lo que se le enseña, y tenga realmente gusto, nadie puede hacer este trabajo sino Dios. Vemos muchachos inteligentes que comprenden y no sienten, que permanecen indiferentes, no experimentan ningún atractivo por las cosas de Dios. Hay que orar para que ellos oren asimismo y pidan este gusto, este sentimiento al Espíritu Santo y a la Santísima Virgen. Cuando llegamos al amor, un gran paso se ha dado»<sup>62</sup>. El testigo puede ilustrar la inteligencia, despertar y activar la memoria de la fe, pero el amor que se entrega en reciprocidad es la obra del Espíritu en los oyentes. De ahí la importancia del clima de oración a lo largo de todo el acto catequético. En una buena pedagogía catequética la oración es la prolongación normal del conocimiento y el terreno donde puede surgir el seguimiento fecundo.

*Excitar la voluntad*. «Hay que formar cristianos que crean, que amen y que se decidan a actuar según el evangelio»<sup>63</sup>. La regla de toda actuación

59 V. D., p. 449.

60 *Procès*, t. II, p. 117.

61 *Manuscrito*, VII, p. 266.

62 *Idem*, p. 157.

63 Alfred Ancel, *Le Prado. La spiritualité apostolique du Père Chevrier* (París 1982) 161.

es Jesucristo. No hay otro modelo o camino para el cristiano. «Nuestra regla es Jesucristo, su palabra, sus ejemplos. Fundamento sólido, inquebrantable»<sup>64</sup>.

Antonio Chevrier se propuso «formar verdaderos cristianos en el mundo», hombres y mujeres que testimoniasen el evangelio en lo cotidiano. «Comprender, amar y practicar» es el secreto si queremos llegar a algún resultado. «Es necesario lograr, escribía, que marchen juntos el espíritu, el corazón y la acción; y en cuanto se ha hecho conocer una verdad, hay que hacer producir los correspondientes frutos. A través de este medio tendréis cristianos y vuestro trabajo no será vano»<sup>65</sup>.

La verdadera fe crece y se alimenta en la oración, pero debe desplegarse en la práctica y en el testimonio. Uno recibe la fe para entregarse al Señor y transformar el mundo de acuerdo con el designio de Dios. Pero la fe obliga también a comunicarla a los otros. La fe se recibe para ser transmitida. En una carta a un laico encontramos esta última dimensión: «Así podré instruirles y enseñarles a instruir a los otros. Es así como he entendido la instrucción que debo dar a todos y que ellos deben recibir para los otros»<sup>66</sup>. La catequesis se inscribe así en la corriente de una tradición.

¿Dónde aprendió Antonio Chevrier esta pedagogía? El trabajo diario con los muchachos más pobres le obligó a buscar nuevas pistas. La escucha de esos «golfos» e «idiotas» le hicieron volverse hacia el evangelio. En la pedagogía misma del Maestro para formar a sus discípulos y configurar el nuevo pueblo de Dios. Prestémosle una vez más la palabra: «¿No es también esto lo que observamos en la conducta de Jesucristo con relación a sus apóstoles? Primeramente él los escoge. Al mismo tiempo que les da los grandes principios de la vida evangélica y perfecta, se los hacía practicar, poniéndolos en acción. No les da más reglamento que este: sígueme, yo soy tu reglamento, tu vida, la forma exterior que tú debes imitar. Durante los tres años que él ha pasado con ellos para formarlos en la vida evangélica y apostólica, nunca le vemos aplicarse a darles formas exteriores y regulares... Instruir, corregir y poner en acción, dar a hacer: he aquí el gran método para formar a las gentes y darles la vida interior... En la fundación de la Iglesia, la obra más grande del Todopoderoso, la obra más bella del mundo, nuestro Señor, no utiliza ningún medio exterior; toma un hombre al cual comunica su vida, su espíritu; escoge a doce, a quienes forma en la vida evangélica; pero no es, ni acuartelándoles, ni haciéndoles marchar al paso, como los forma»<sup>67</sup>. El lenguaje puede chocarnos, pero el mensaje es nítido y profético. La catequesis debe recuperar la pedagogía de Jesús, formando sus apóstoles, si quiere engendrar auténticas comunidades de discípulos.

64 V.D., p. 283

65 *Manuscrito*, t. VII, p. 266. Cf. Ives Musset. "Le Père Chevrier, catechiste des pauvres", en *Prêtres du Prado*, serie française, n° 33 (marzo 1980) 44.

66 *Lettres*, p. 165.

67 V.D., p. 222.

Pero más allá de la pedagogía del Maestro, Antonio Chevrier se ha remontado al origen mismo del hacer salvífico: la encarnación del Verbo de Dios. Este misterio fue central en su conversión y experiencia espiritual<sup>68</sup>. En los esquemas de catequesis que nos ha transmitido, el tema de la encarnación es central, pues en el Verbo hecho carne todo se ilumina y es rescatado para la vida. La pedagogía está orientada y determinada por la historia de amor de Dios con el hombre, cuya plenitud se ha revelado en la venida del Hijo.

#### IV. LA VOCACIÓN DE LA CATEQUESIS

«Catequizar a los hombres, escribía Antonio Chevrier a sus seminaristas en 1873, es la gran misión del sacerdote hoy»<sup>69</sup>. Algunos años después, en 1877, escribirá a una de las hermanas del Prado: «Valor, queridas hijas, trabajemos para Dios, instruyamos a los pobres, es nuestra herencia, hagámoslo bien, hagámoslo con perseverancia y renovémonos en esta santa vocación»<sup>70</sup>. «Recordemos frecuentemente esta espléndida vocación»<sup>71</sup>. En la catequesis veía un camino privilegiado para formar auténticos cristianos.

Su eclesiología no le permitía expresarse en catequesis de «ministerio», pero veía en la catequesis la gran misión del sacerdote y una bella vocación para los demás miembros del pueblo de Dios. La transmisión de la Palabra que engendra a la vida es una «vocación» que se enraiza en la fe y en el bautismo.

Ahora bien, esta «llamada» de Dios, implícita ya en la revelación de la fe, configura toda la persona para el servicio o ministerio de la palabra. Antonio Chevrier establece con lucidez que no se puede ser catequista más que a condición de dejarse «con-formar» por la Palabra que debemos comunicar. La vocación del catequista lleva consigo adecuar toda su existencia a la Palabra proclamada; dicho de otra manera: no se puede anunciar el evangelio sin llegar a ser uno mismo «evangelio» para los «oyentes» de la Palabra.

1. *Entrar en el movimiento del Verbo de Dios que se hace hombre para revelar los designios de Dios.*

«¿Qué hace Dios en su deseo de darse a conocer a sus hijos? Como una buena madre, vivió cerca de sus hijos. Descendió y se hizo como noso-

68 Meditando el misterio de la encarnación, en la noche de Navidad de 1856, Antonio Chevrier se decidió a seguir más de cerca a Jesús para ser más eficaz en la salvación de los hombres. Es una gracia mística y apostólica.

69 *Lettres*, p. 70.

70 *Idem*, p. 138.

71 *Idem*, p. 136.



tros: vino entre nosotros para dársenos a conocer. Vosotros no queréis reconocerme, rechazáis a mis profetas, rechazáis a los que yo os envío, no reconocéis los signos que os doy. ¡Pues bien! Iré yo mismo, descenderé hasta vosotros, os hablaré, habitaré con vosotros, me daré a conocer a vosotros»<sup>72</sup>. Este texto catequético de Antonio Chevrier, en el que se desarrolla ampliamente el hecho de que Dios mismo en persona viene a salvar a los hombres, es el fundamento de la vocación catequética.

El catequista está al servicio de la decisión de Dios de autorrevelarse y autocomunicarse a los hombres. Con la Palabra, que sale al encuentro de los hombres para establecer en medio de ellos su morada, el catequista debe salir al encuentro de los hombres para testimoniar y visibilizar la autocomunicación de Dios. La Palabra es comunicación. El mensaje existe porque Alguien ha querido comunicarse. La vocación catequética es una llamada a servir la intercomunicación de Dios y el hombre en Cristo.

Este servicio de la «intercomunicación» supone, en primer lugar, una «identificación» con el Verbo de Dios. La Palabra debe ser «acogida» para que pueda fluir del servidor. Pero esto no es posible más que en la obediencia al Espíritu que testimonia en el servidor y por el servidor.

Por otra parte, la autocomunicación de Dios reclama del servidor que él mismo se entregue a los hombres. No basta con dar el evangelio, es necesario darse así mismo para que el evangelio sea correctamente anunciado: «Amándoos a vosotros, queríamos daros no sólo el evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser, porque habíais llegado a sernos muy queridos» (1 Tes 2, 8).

«Excitaremos en nosotros, escribía Antonio Chevrier, esta divina caridad a fin que podamos ir al encuentro de las miserias del prójimo, y decir con Jesucristo: Venid a mí. Imitaremos a nuestro Señor en su bondad para con los niños llamándoles a él y dándoles unos testimonios muy especiales de ternura y afecto. Haremos de padre y madre para con ellos, ocupándonos de ellos..., siendo felices de servirles y demostrarles todo nuestro afecto... Tomaremos como lema de caridad esta palabra de nuestro Señor: tomad y comed, considerándonos como un pan espiritual que ha de alimentar a todos por la palabra, el ejemplo y la entrega»<sup>73</sup>.

La catequesis no es algo externo o una mera responsabilidad a cumplir, es un servicio que implica la autodonación en la misma corriente de la autorrevelación y autocomunicación de Dios, tal como se ha realizado en la economía de la encarnación.

<sup>72</sup> *Manuscrito*, t. VII, pp. 19-21.

<sup>73</sup> V. D., p. 418.

## 2. *El catequista está llamado a reflejar la gloria del Señor.*

Cuando la catequesis se sitúa en la perspectiva apostólica o misionera, el catequista debe hacer presente a Cristo en el mundo para que los hombres puedan decidirse ante él.

«Nuestra unión con Jesucristo debe ser tan íntima, tan visible, tan perfecta, que los hombres deben decir al vernos: he ahí otro Jesucristo. Nosotros debemos reproducir, *en el exterior y en el interior*, las virtudes de Jesucristo, su pobreza, sus sufrimientos, su oración, su caridad. Debemos representar a Jesucristo pobre en su pesebre, a Jesucristo sufriente en su pasión, a Jesucristo que se deja comer en la santa eucaristía»<sup>74</sup>. Con frase atrevida, Antonio Chevrier expresa su convicción profunda: «Debemos hacer a Dios el sacrificio de todo nuestro ser y Jesucristo debe surgir (sortir) de nosotros... Es preciso que se vea a Jesucristo en nuestro exterior, en nuestro estilo... en todo nuestro ser, porque todo nuestro ser debe revelar a Jesucristo y esparcir el buen olor de sus virtudes»<sup>75</sup>. Aunque estos textos han sido escritos pensando en el sacerdote, sin embargo convienen para todos aquellos que quieren vivir el ministerio profético. «Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosa, conforme a la acción del Señor, que es Espíritu» (2 Cor 3, 18).

Porque la catequesis no está al servicio de una ética o de una causa, sino al servicio de la fe y del desarrollo de la libertad de los hijos de Dios, el catequista debe vivir una existencia sacramental y testimonial. Esto supone dejar que el Espíritu nos vaya configurando a Jesucristo, de tal forma que sea Cristo quien viva en nosotros<sup>76</sup>. Asimismo hay que dejar al Espíritu testificar de Jesús crucificado y exaltado a la derecha del Padre<sup>77</sup>, «pues el mismo Dios que dijo: «Del seno de las tinieblas brille la luz», ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo» (2 Cor 4, 6).

La «vocación de catequista» es una llamada urgente a dejarse conducir por el Espíritu que hablaba en los profetas, en Cristo, en los apóstoles y en la Iglesia de todos los tiempos<sup>78</sup>. Consiguientemente, permanecer en la comunión de la tradición viva, abierta siempre hacia el futuro, es una exigencia de la condición de ministros de la Palabra. El seguimiento de Jesucristo es la única forma de fecundar un servicio que no puede reducirse a una mera función o tarea. La llamada de Dios incluye siempre el compromiso de toda la persona.

74 V. D., p. 101.

75 V. D., pp. 197-198.

76 Cf. Gál 2, 20.

77 Cf. 1 Cor 12, 3.

78 Cf. 1 Pe 1, 10-12.

### 3. *Hacerse buen pan para los demás.*

Aunque ya he insistido en cómo debemos dejarnos arrastrar por la corriente de amor del Verbo, viniendo a salvar e iluminar a todo hombre, quería insistir ahora en el «proceso» de conversión de un «servidor de la Palabra».

La Palabra que estamos llamados a transmitir no es ideología religiosa, sino «espíritu y vida»<sup>79</sup>. El Enviado viene para que los hombres tengan vida y vida en abundancia<sup>80</sup>. El se ha entregado para hacernos libres y para que permanezcamos en la libertad<sup>81</sup>. Ha sido con su pobreza como Cristo nos ha enriquecido<sup>82</sup>.

Quien quiera servir esta dinámica profunda de la economía divina, deberá trabajar para hacerse un pan de vida y libertad, deberá ser un «hombre comido». Pero para llegar a ser «buen pan» es preciso «despojarse», «empobrecerse», «inmolarse» con Cristo<sup>83</sup>. El «servidor de la palabra de vida» no puede perder de vista el misterio de la humillación y de la muerte del «Enviado de Dios».

La Palabra no puede ser transmitida desde la autosuficiencia, sino desde la dependencia amorosa. La independencia debe ceder la plaza a la obediencia creadora; el dominio, al olvido de sí; el yo individual, al nosotros en que se juntan el Espíritu y la Esposa para testimoniar y clamar: «Ven Señor Jesús»<sup>84</sup>.

Para caminar en el Espíritu, para testimoniar en el Espíritu y para orar en el Espíritu, el catequista debe estudiar y orar incesantemente el evangelio. Es en el conocimiento de Jesucristo donde uno puede llegar a ser realmente un buen catequista. Su vocación es conocer y dar a conocer al Enviado del Padre bajo la acción del Espíritu y en la comunión de la Iglesia<sup>85</sup>.

Resumiendo, podríamos decir, que el catequista, para comunicar vida y libertad, debe desaparecer en la Palabra, o si se prefiere, debe hacerse palabra en su ser más profundo. Se es apóstol en la medida que se deviene discípulo. Se da la vida cuando se acepta perderla por el reino.

79 Cf. Jn 6, 63.

80 Cf. Jn 10, 10.

81 Gál 5, 1.

82 2 Cor 8, 9.

83 Todas estas expresiones están tomadas del famoso "Cuadro de Saint Fons", en el que Antonio Chevrier intenta una síntesis del seguimiento de Jesús para dar la vida a los hombres.

84 Cf. Apc 22, 17-20.

85 Para el P. Chevrier sólo el conocimiento de Jesucristo podía hacer al hombre, al sacerdote, al catequista y al santo. Por eso establece una manera concreta de estudiar a Jesucristo en el evangelio. En el estudio y la oración quería que sus colaboradores elaborasen sus catequesis a fin de evitar convertirse en repetidores.

## CONCLUSIÓN

Estas reflexiones sobre el testimonio de Antonio Chevrier, amigo y catequista de los pobres, han buscado plantear unas cuestiones vitales para la catequesis y los catequistas de nuestras comunidades eclesiales. ¿Qué preferencia estamos dando a los pobres, considerados personal y colectivamente? ¿Los hacemos realmente sujetos de nuestras iniciativas y programas? ¿Cómo nuestra pedagogía catequética está marcada por la caridad y pobreza del Verbo de Dios?<sup>86</sup> ¿Cómo la vocación catequética es vivida como un proceso de discipulado y conversión, a fin de que el Espíritu testimone en nosotros y por nosotros a Jesucristo, «esperanza de la gloria» (Col 1, 27)?

Todo testimonio está marcado por la época del testigo. Su lectura está doblemente condicionada. No he pretendido realizar un estudio objetivo-técnico, sino hacerme el «eco» de una vida y de una práctica que nos recuerda: para servir la «Palabra viva y operante» de Dios<sup>87</sup> es urgente poner en el centro de nuestras opciones catequéticas a los más pobres.

86 Un estudio más profundo y amplio mostraría cómo en Antonio Chevrier se articulan las corrientes: la tradición de Ireneo, obispo de Lyon, y la tradición franciscana. Sacerdote de la diócesis de Lyon y terciario de san Francisco.

87 Cf. Heb. 4, 12.